

estudiar la historia del sufragio. Algo similar ocurrió recientemente en la Argentina, donde la transición hacia la democracia ha estimulado los estudios electorales. En ambos países, la historiografía electoral ha visto avances significativos. La experiencia de Colombia parece ser todo lo contrario: frente a unas elecciones recurrentes, los historiadores han preferido pasarlas por alto. Por supuesto que ha habido excepciones. Y hay indicios de un creciente interés. En su último libro —*Entre la legitimidad y la violencia, 1875-1992* (Santafé de Bogotá, Editorial Norma, 1995) —, Marco Palacios dedica notable atención a nuestra historia electoral. Y en un ensayo reciente, aparecido en el *Anuario de historia social de la cultura*, Medófilo Medina analiza la participación del clero en las elecciones de 1930. El libro de Patricia Pinzón de Lewin es de todas maneras una contribución extraordinaria en un terreno aún inexplorado. Es de esperar que con él se anime el interés por el estudio de unas tradiciones electorales que se confunden con la misma historia nacional.

EDUARDO POSADA CARBÓ

Setenta y cinco por ciento sabían firmar

La expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada al Mar del Sur y la creación del Nuevo Reino de Granada

José Ignacio Avellaneda Navas

Colección Bibliográfica, Banco de la República, Santafé de Bogotá, 1995, 370 págs.

Con paciencia benedictina, José Ignacio Avellaneda ha venido elaborando, tallando, esculpiendo las biografías de los primeros conquistadores y colonizadores del Nuevo Reino de Granada que vinieron con las expediciones de Nicolás de Federman, Sebastián de Belalcázar, Alonso Luis de Lugo y Jerónimo Lebrón, dedicando un libro a cada una de ellas. Faltaba el relato de la principal de todas: la de Gonzalo

Jiménez de Quesada, no sólo la primera por su antigüedad, sino por la importancia de las gentes que la conformaron. Con Quesada llegaron, en efecto, hombres que después se destacarían en el Nuevo Reino de Granada como conquistadores, funcionarios, políticos o simplemente encomenderos. Otros volverían a España con sus riquezas. Esas condiciones de liderazgo fueron percibidas por el gobernador Pedro Fernández de Lugo, el organizador de la hueste, quien nombró capitanes a algunos de ellos. Otros sobresalieron por su riqueza, que les permitió comprar un arcabuz o un caballo, lo cual les daba una incuestionable ventaja. Copiamos una lista que no comprende, como es obvio, todos los 13 arcabuceros ni todos los 33 caballeros que llegaron vivos a Bogotá



Juan de Albarracín, *capitán de bergantín*.

Juan de Céspedes, *capitán*.

Gómez del Corral, *capitán de bergantín*.

Antonio Díaz Cardozo, *capitán de bergantín*.

Pedro Fernández de Valenzuela, *capitán*.

Lázaro Fonte, *capitán*.

Martín Galeano, *soldado de a caballo*.

Juan del Junco, *capitán*.

Antonio de Lebrija, *tesorero y capitán*.

Antón de Olalla, *alférez*.

Hernán Pérez de Quesada, *alguacil mayor*.

Juan de San Martín, *contador y capitán*.

Gonzalo Suárez Rendón, *capitán*.

Juan Tafur, *soldado de a caballo*.

Hernán Venegas, *soldado de a caballo*.

Albarracín viajó con Quesada, Belalcázar y Federman a España en 1539. Parece que nunca volvió. Juan de Céspedes fue alcalde, regidor, teniente general y justicia mayor. Gómez del Corral retornó a España en 1540 y jamás regresó. Antonio Díaz Cardozo fue, con Albarracín, uno de los que encontraron la entrada por el río Opón que formaba parte del "camino de la sal". Pedro Fernández de Valenzuela fue encomendero y murió, siendo sacerdote, en España. Lázaro Fonte opaca su liderazgo con las crueldades y violaciones de niñas que cometió. Martín Galeano fundó a Vélez. Juan del Junco fue militar en Hungría e Italia. Iba con su hueste para Cartagena, pero la audiencia de Santo Domingo lo desvió a Santa Marta. Regresó en 1541 a esta ciudad y se radicó en Santo Domingo. Antonio de Lebrija dio su nombre al río Lebrija. Regresó a España en 1539. Antón de Olalla peleó en Italia y fue alférez de Quesada, regidor, alférez mayor, capitán y alcalde de Santafé. Hernán Pérez de Quesada sucedió a su hermano en el gobierno de Nueva Granada, comandó la expedición a Eldorado y fue cruel con los indios. Tenía en su casa veinte y tantos negros esclavos. Juan de San Martín descubrió el río San Jorge antes de ir a Bogotá. Volvió a España en 1539. Gonzalo Suárez Rendón peleó en Alemania, Italia y Hungría, fundó a Tunja, en donde se destacó como encomendero y líder político. Se salvó milagrosamente de morir en el Cabo de la Vela a causa de un rayo que mató a Hernán Pérez de Quesada y a otro hermano de Jiménez de Quesada cuando estaban embarcados. Juan Tafur se abstuvo de pasar la raya que trazó Francisco Pizarro sobre la arena de la isla del Gallo y por eso no estuvo entre "los trece de la fama". Se fue a Panamá y de allí pasó a Santa Marta. En 1576 fue contador del Nuevo Reino y llegó hasta los 80 años.

Hernán Venegas fundó a Tocaima en 1544 y después recibió el título de mariscal. Murió de 70 años.

Antes de presentar las 173 biografías de los que llegaron con vida a la sabana de Bogotá, Avellaneda subraya, con razón, que el destino de la expedición de Quesada era descubrir un camino al Mar del Sur para desde allí pasar al Perú. Pero cuando aparecieron los panes de sal y se tuvo noticia de los indios muisca, la hueste se desvió y cambió de propósito.

Los 173 sobrevivientes que participaron en el reparto del oro y de las esmeraldas eran en su mayoría "rodeleros"; es decir, de bajo nivel social. Sólo figuraron, como ya dijimos, 13 arcabuceros y 33 caballeros que recibieron un porcentaje mayor del tesoro. Trece arcabuceros no llegan a ser el 10% de la tropa, lo que demuestra la escasa participación de las armas de fuego en esta y otras conquistas del siglo XVI en América.



Avellaneda hace, al final del libro, observaciones de conjunto que le dan gran interés y utilidad al relato. Es notable la longevidad de los conquistadores que se quedaron en el Nuevo Reino, lo que demuestra las bondades de su clima. De setenta de cuya muerte se tiene noticia, cuatro sobrepasaron los 80 años y veintitrés, sí, veintitrés, pasaron los 70 años; es decir, en total, ¡el cuarenta por ciento! Regionalmente, hay un predominio de andaluces (31), de castellanos (21) y de extremeños (12), con lo que se sigue la tendencia general. Once eran portugueses. Setenta y cinco por ciento sabían firmar, lo que no quiere decir que todos ellos supieran leer y escribir, pero en todo caso es una alta proporción que quizá le imprimiera carácter a Bogotá y a Tunja, ciudades cultas por excelencia durante la colonia y la república. El 47% de los expedicionarios tuvieron hijos con indias, lo que indica la temprana apari-

ción del mestizaje entre nosotros. Ninguno se casó con ellas.

Ésta es, sin duda, la más acabada de las obras del erudito investigador José Ignacio Avellaneda. Las biografías de los 173 compañeros de Quesada no son monótonas, pues están presentadas en forma novedosa y variada. Además vienen anteceditas y seguidas por interesantes estudios y cuadros de conjunto. Debido a una larga permanencia en los Estados Unidos, el profesor Avellaneda comete, aunque escasas veces, errores de sintaxis, morfología y ortografía que son perfectamente excusables dentro de un trabajo de tanta importancia.

NICOLÁS DEL CASTILLO MATHIEU

Músicos premiados

Guabina huilense, Carlos Cortés, transcripción para coro

Cecilia Pinzón Urrea
Premios Nacionales de Cultura (Colcultura), 1994, Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá, mayo de 1995, 8 págs.

El gaván (joropo)

Hernán Cortés Vergel
Premios Nacionales de Cultura (Colcultura), 1994, Tercer Mundo Editores, 85 págs.

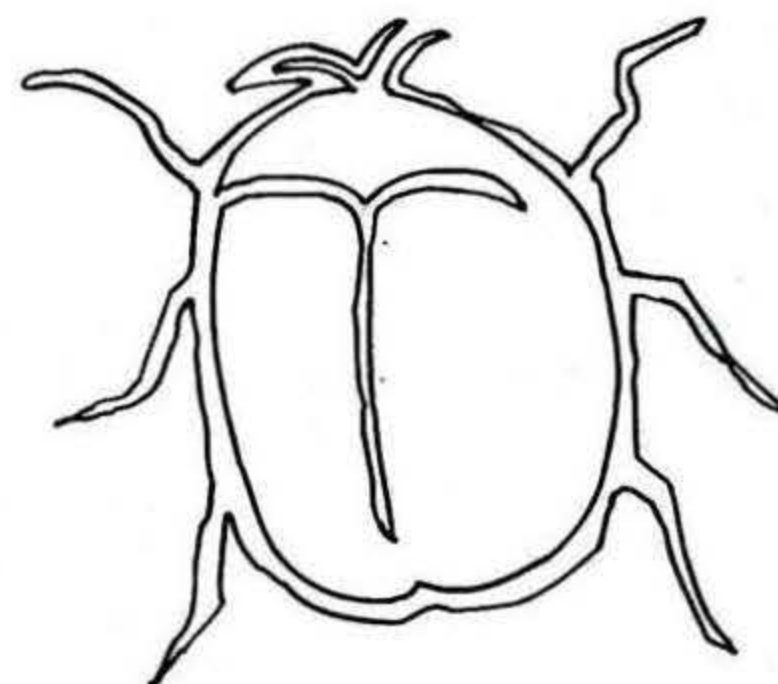
Te busco.

Homenaje a Lucho Bermúdez
Jorge Olimpo Manrique
Premios Nacionales Colcultura, 1994; Tercer Mundo Editores, 1995, 85 págs.

La obra *Guabina huilense*, guabina para coro mixto, es un arreglo compositivo que nos permite disfrutar de manera diferente de los melodiosos tradicionales de la guabina santandereana, con factura de tipo clásico tradicional, que le otorgan a la obra armonía, finura y transparencia.

La obra conserva la estructura estrófica del tema original, pero lo combina de manera sugerente, así como nos adentra en el ambiente de la guabina, logrando un hermoso divertimento de voces con gran expresividad.

- Es un arreglo tipo variación que incluye la exposición de un tema secundario que se desenvuelve alrededor del tema principal, con una preparación al ambiente de guabina que incluye la alternancia de motivos rítmico-melódicos a manera de acompañamiento.



El tema principal (en tempo de guabina) es expuesto por las voces soprano y contralto. Luego viene una preparación armónica, con motivos rítmicos silábicos que darán paso a la siguiente estrofa, expuesta por todas las voces. Sucesivamente deriva en cambios de tonalidad y en variaciones rítmico-melódicas.

Al final se reexpone el tema principal que culmina en una coda de tipo clásico, con alternancia del tema secundario, que termina en una coda de proporciones clásicas.

- Podemos decir que la virtud de este arreglo coral está en la alternancia de las voces de manera original, en su precisión estilística con recursos expresivos tomados de la melodía original, tipo onomatopéyico, que nos recuerdan en todo momento la belleza del tema original.
- De su autora podemos decir que su larga trayectoria en la actividad coral en Bucaramanga, así como sus virtudes como compositora (ganadora del Concurso Internacional de Composición, Chiquinquirá, 1988), la acreditan en su fecunda labor como arreglista.

La obra *El Gaván* de Hernán Cortés, ganadora del Premio Nacional de Cultura (Colcultura) 1994, en la modalidad de arreglo instrumental, es una